

hijo ninguno... llegarían los gritos al cielo contra semejante atrocidad, contra semejante locura.

» Y habría razón en esto ; porque ese hombre, capaz de decir tan buenas cosas ante el jurado, por poco dado que fuese a escenas trágicas, vería con la mayor tranquilidad cortar el pescuezo á su querida, por el crimen de infanticidio de que había sido cómplice, ó por mejor decir autor, á causa de su horrible abandono...

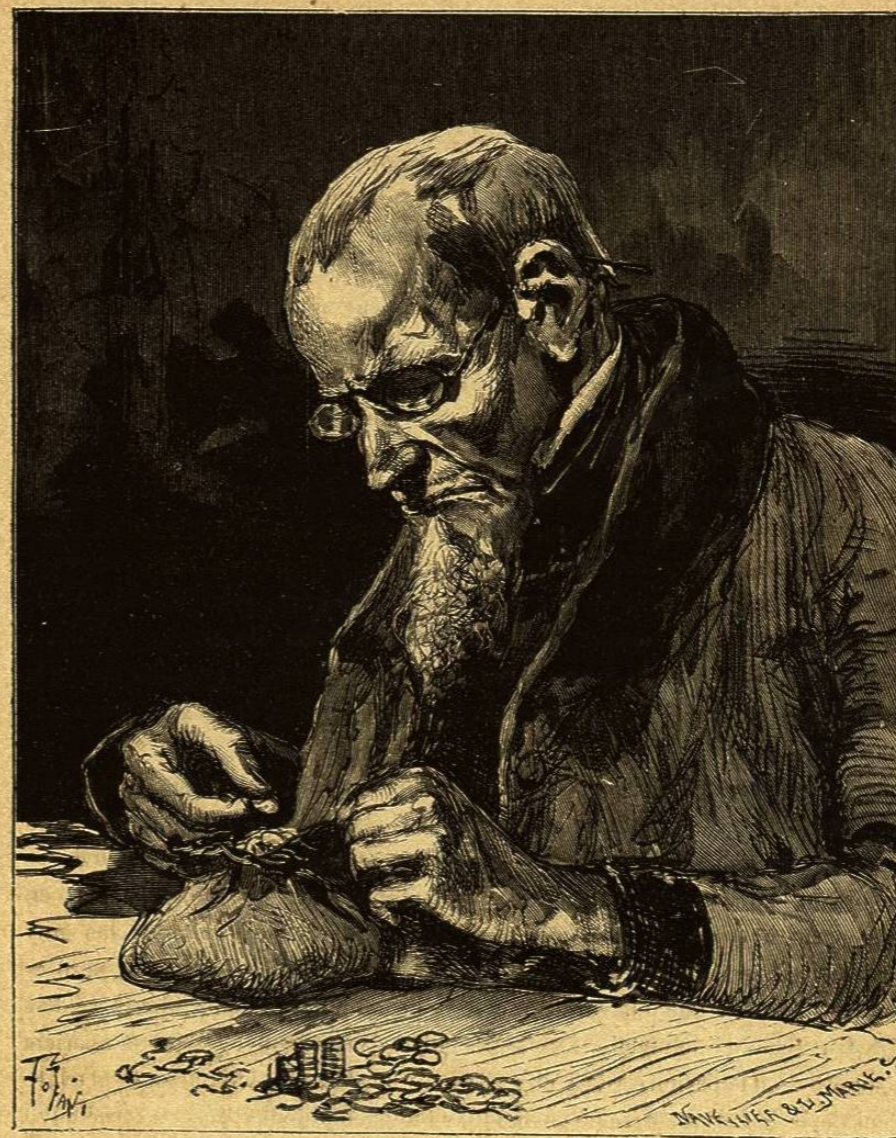
» ¿ No prueba acaso esta sabia protección, conferida á la parte masculina de la sociedad para las diabluras inspiradas por el travieso dios del amor, que los franceses conservan todavía el culto de las Gracias, y que constituyen el pueblo más galante y cortesano del mundo ? »

XIII

JAIME FERRÁN

Cuando ocurrían los sucesos que acabamos de referir, extendiase en uno de los extremos de la calle de Sentier una larga pared resquebrajada y mal cubierta con una capa de yeso, en que asomaban infinidad de trozos de vasos y botellas. Esa pared cercaba un costado del jardín del notario, y remataba en el cuerpo del edificio levantado sobre el nivel de la calle y con un solo piso y azotea. Veíanse dos anchos escudos de bronce dorado á los lados de la carcomida puerta cochera, tan sucia de barro que era imposible adivinar su color primitivo. Esa puerta conducía á un camino cubierto, á cuya derecha estaba la habitación de un portero viejo y medio sordo, que representaba en el gremio de sastres el mismo papel que Mr. Pipelet en el de zapateros ; y á la izquierda, una cuadra que servía de bodega, cuarto para las coladas, leñera y vivienda de una naciente colonia de conejos á cargo del portero y á quien el cuidado de esos animales domésticos distraía de los pesares de su viudez reciente. Comenzaba al lado de la porteria el hueco de una escalera tortuosa, angosta y oscura que iba á parar al estudio, de lo cual era indicio una mano negra pintada en la pared, cuyo índice apuntaba en dirección del siguiente letrero escrito con letras también negras : *El estudio está en el primer piso.* Á un lado de un gran patio empedrado y cubierto de hierba se veían algunas cocheras desocupadas ; hacia el otro una reja de hierro enmohecida y que cerraba el jardín, y en el fondo un edificio aislado, que ocupaba el notario. Diez escalones de piedras desunidas, vacilantes, verduzcas y gastadas, conducían á aquel edificio cuadrado que constaba de una cocina y otras piezas subterráneas, una habitación baja, un primer piso y la guardilla en que durmió Luisa.

El edificio parecía amenazar ruina por todas partes ; profundas rendijas surcaban las paredes ; las ventanas y persianas en otro tiempo pintadas de color de plomo, se habían vuelto casi negras ; las seis del primer piso que daban al patio



Jaime Ferrán.

no tenían cortinas, y los vidrios estaban cubiertos de polvo y suciedad, y en el piso bajo se veían al través de los cristales algo más transparentes cortinas de cotonia amarilla muy deslucidas. Hacia el lado del jardín no tenía el edificio

más que cuatro ventanas, y dos de ellas tapiadas. El jardín lleno de malezas parecía abandonado, no se veía en él ni una planta, ni un arbusto. Sólo un grupo de olmos, cinco ó seis árboles verdes, y algunas acacias y saucos, un césped claro y amarillento, carcomido por el musgo y el sol de verano y caminos llenos de zarzas y maleza; en el fondo un invernáculo medio subterráneo, casi escondido entre las desnudas y grises paredes de las casas inmediatas, salpicadas acá y allá de estrechas ventanas con barrotes de hierro, como si fueran rejas de cárcel. He aquí el triste aspecto del jardín y de la habitación del notario, quien á esta apariencia ó por mejor decir á esta realidad, le daba grandísima importancia. Á los ojos del vulgo la indiferencia por las comodidades pasa siempre por desinterés y el desaseo por austeridad. Comparando el excesivo lujo de algunos notarios ó la costosísima elegancia de sus señoras esposas con la sombría casa de Mr. Ferrán, tan enemigo de la elegancia, de la suntuosidad y del esmero, los clientes experimentaban una especie de respeto ó más bien de ciega confianza hacia aquel hombre, que según su numerosa clientela y la fortuna que se le suponía, bien pudiera decir como muchos de sus cofrades: *mis carruajes, mi casa de campo, mi palco, etc.*, y que lejos de esto observaba una severa economía. De aquí los depósitos, la colocación de dinero á réditos, y todos los negocios que tienen por base la integridad reconocida y la buena fe notoria; de aquí, decimos, la afluencia de todos esos negocios á casa de Ferrán. El vivir con poco según lo hacía era conforme á sus propias inclinaciones, porque detestaba el fausto y los placeres comprados á gran precio; pero aunque así no fuera, habría sacrificado sin vacilar sus más decididas inclinaciones á la apariencia que le importaba darse para conseguir sus propósitos.

Diremos cuatro palabras acerca del carácter de este hombre que de derecho pertenecía á la gran familia de los avaros. Casi siempre se pinta á éstos bajo un aspecto ridículo ó grotesco, y los más malvados no pasan de ser egoístas ó duros de corazón. La mayor parte aumentan su fortuna atesorando; algunos, pero en muy corto número, se aventuran á prestar á interés muy crecido; los muy resueltos apenas se atreven á sondear con la vista la cima del agiotaje; pero es una cosa inaudita que un avaro por el afán de adquirir muchos bienes se deje arrastrar hasta el homicidio. Esto se concilia perfectamente, porque la avaricia es ante todo una pasión sorda y ciega. En sus incesantes combinaciones el avaro piensa más en enriquecerse no gastando, y reduciendo más y más en torno suyo los límites de lo estrictamente necesario, que en atesorar á costa ajena: es ante todo el mártir de la conservación. El avaro débil, tímido, astuto, desconfiado, prudente y circunspecto, pero inofensivo é indiferente á los males del prójimo, no causa al menos esos males: ante todo y sobre todo es el hombre de la certidumbre y del positivismo, ó por mejor decir; es avaro porque sólo cree en el

hecho, esto es, en el oro que amontona. Las especulaciones y los préstamos más ventajosos le tientan muy poco; porque siempre ofrecen aunque sea escaso, un riesgo de pérdida: prefiere sacrificar el interés de su dinero, á exponer el capital. Un hombre tan timorato y menospreciador de las cosas probables, pocas veces tendrá la energía del malvado que se expone á un presidio ó á un cadalso para adquirir fortuna. La palabra *arriesgar* está borrada del vocabulario del avaro. En este sentido, pues, Jaime Ferrán era una extraña excepción, una variedad quizás nueva de la *especie avaro*, puesto que Ferrán *arriesgaba* y mucho.

Contaba con su finura que era extremada, con su hipocresía que era profunda, con su talento que era fecundo, y con su audacia que era infernal, para asegurar la impunidad de sus crímenes, numerosos ya en la época de que hablamos. Ferrán era una doble excepción, pues comunmente esos hombres deseosos de aventuras y que para procurarse dinero no retroceden ante maldad alguna, viven hostigados por las fogosas pasiones del juego, del lujo, de la mesa y de toda clase de excesos; y Ferrán no conocía ninguna de esas necesidades violentas y desordenadas. Bellaco y paciente como un falsario, cruel y resuelto como un asesino, era sobrio, y metódico. Únicamente le exaltaba hasta ponerle frenético, una pasión, ó mejor le llamaremos apetito que en él era vergonzoso, innoble y casi feroz. Este apetito era la lujuria, y en él esta lujuria era la del lobo ó la del tigre. Cuando este impuro agujón alteraba la sangre de ese hombre robusto, encendiase su rostro, la efervescencia carnal anublaba su entendimiento, y olvidando su astuta prudencia, se convertía en fiera, como lo justifican sus primeras violencias contra Luisa.

La inconcebible audacia, la hipocresía con que negó su crimen estaban más conformes con su modo de ser que la lucha abierta.

El amor para este hombre era el deseo grosero, el ardor brutal; he aquí por que según nos lo ha mostrado su conducta con Luisa, la bondad y la generosidad le eran absolutamente desconocidas.

El préstamo de 1300 francos hecho á Morel á interés muy crecido, fué al mismo tiempo para Ferrán un lazo, un medio de opresión y un buen negocio. Seguro de la probidad del lapidario, esperaba ser reembolsado tarde ó temprano; y sin embargo, fué preciso que la beldad de Luisa produjese en él una impresión muy grande para que se deshiciere de aquella suma.

Si exceptuamos la flaqueza dicha, Ferrán no apetecía más que oro, y lo apetecía por lo que el oro es, no por los goces que proporciona, porque era estoico; no por lo que podía proporcionarle, puesto que no era bastante avaro para gozar especulativamente, como muchos otros. En cuanto á lo que le pertenecía, agradábase por la posesión misma, y en cuanto á lo que pertenecía á los demás, si era por ejemplo un grande depósito lealmente confiado á su probidad, experimentaba al devolverlo el mismo tormento y la desesperación misma que sufría Cardillac al separarse de un aderezo que su exquisito gusto había convertido en

obra maestra del arte. La razón es sencilla : para el notario era una obra maestra del arte su brillante reputación de probidad ; un depósito era para él una joya de la cual no podía separarse sin un pesar inmenso.

¡Cuántos desvelos, cuánta hipocresía, cuántas astucias, cuánta destreza y cuánto arte no había empleado para atraer esa suma á su caja ! ¡Cuánto le costaba el conquistar aquella brillante fama de integridad, en que iban á engastarse las más lisonjeras pruebas de confianza, como las perlas y los diamantes en el oro de las diademas que elabora Cardillac ! Dicese que cuanto más se perfeccionaba ese célebre joyero, más valor daba á sus aderezos, mirando siempre el último como su obra maestra y que se desesperaba al abandonarlo. Quanto más se perfeccionaba en el crimen Jaime Ferrán, tanto más aprecio daba á las metálicas pruebas de confianza que se le concedían, reputando siempre su última artimaña como su obra más perfecta.

En el discurso de esta historia hemos de ver los medios verdaderamente prodigiosos y las intrigas con que logró apropiarse impunemente de muchas é importantes sumas. Su misteriosa vida le proporcionaba las terribles é incessantes agitaciones que al jugador le causa el juego, y Jaime Ferrán empleaba contra la fortuna de todos su hipocresía, su astucia, su audacia y su talento jugando sobre seguro porque fuera del alcance de la justicia humana que él consideraba como una *chimenea que podía caérsele encima*, el no ganar lo reputaba por una pérdida. Su carácter era tan malvado, que veía una continua ganancia en el inmenso aprecio y en la ilimitada confianza que inspiraba no sólo á sus muchos y ricos clientes, sino también á las personas medianamente acomodadas y á los artesanos de su barrio, muchos de los cuales colocaban dinero en su casa, diciendo que allí estaba más seguro que en las manos del gobierno y hasta que en la misma caja de ahorros.

Á pesar de su extraordinaria astucia había cometido uno de aquellos yerros en que pocas veces dejan de incurrir los más sagaces criminales. Las circunstancias le habían asociado dos cómplices, y esta falta, inmensa según él, fué en parte reparada, pues ninguno de los dos podía perderle sin perderse. Por este lado estaba bastante tranquilo, y por otra parte, como que ignoraban el objeto de sus crímenes, los inconvenientes de la complicidad estaban compensados por el auxilio que sabía sacar de ellos. Diremos algunas palabras acerca de la figura de Mr. Ferrán, y vamos á entrar luego en su estudio en donde hallaremos á los principales personajes de este relato.

Ferrán tenía muy cerca de cincuenta años y no representaba cuarenta : era de mediana talla, algo corcovado, ancho de espaldas, vigoroso, fuerte, rechoncho y velludo como un oso. Sus cabellos estaban pegados á sus sienes, su frente era calva, apenas tenía cejas, su color bilioso estaba salpicado con innumerables pecas, mas cuando experimentaba alguna agitación violenta, aquel cutis terroso

se inyectaba de sangre y se ponía rojo y livido. Su rostro era como aplastado, la nariz roma, los labios tan delgados é imperceptibles que la boca parecía hundida en la cara, y al sonreírse con su aire maligno y siniestro se le veía la extremidad de los dientes casi todos negros y careados. Aquel rostro pálido y todo afeitado tenía una expresión austera é hipócrita, impasible y rígida, fría y reflexiva. Anchos anteojos verdes ocultaban sus ojos negros, chicos, inquietos, vivos, malignos y penetrantes : tenía vista excelente, pero tras los anteojos podía, y era grandísima ventaja, observar sin ser observado, pues sabía hasta qué punto es muchas veces é involuntariamente, significativa una mirada. Á despecho de su imperturbable audacia, dos ó tres veces encontró durante su vida, potentes y magnéticas miradas, ante las cuales tuvo que bajar la vista : y en circunstancias solemnes es grave señal humillar los ojos ante el hombre que interroga, acusa ó juzga. Los anchos anteojos de Ferrán eran para él una especie de trinchera, para defenderse y una atalaya para observar atentamente las maniobras del enemigo, puesto que todo el mundo era enemigo del notario, porque todo el mundo era más ó menos víctima suya, y los acusadores no son más que víctimas desengañadas é indignadas. Afectaba en su traje un descuido muy próximo al desaseo : su rostro afeitado, su cráneo sucio y rugoso, sus uñas planas y con ribete negro, su hedor de macho cabrío, sus viejas y raidas levitas, sus grasientos sombreros, sus corbatines á manera de cuerdas, sus negras medias de lana y sus gordos zapatos, recomendaban más su virtud en el concepto de sus clientes, porque todo eso le daba un aire de desprendimiento, y un perfume de filosofía práctica que seducía. ¿ Á qué gustos, decían, á qué pasión ó á qué debilidad pudiera sacrificar el notario la confianza que se le manifiesta ? Anualmente ganaba quizás sesenta mil francos, y su familia consistía en una criada y en un ama de gobierno, su único placer era ir á misa y á vísperas los domingos ; ninguna ópera le parecía comparable al canto gregoriano y á la grave música del órgano ; para él no había reunión alguna mundana digna de compararse con una velada pacífica al amor de una chimenea con el cura de la parroquia, después de una comida frugal ; toda su alegría era la probidad, su orgullo el honor, y su felicidad la religión. Tal era el juicio que de este raro y grande hombre de bien, tenía el público formado.